

Su corazón sufrió el cruel atenuamiento de sus dudas. Grande fué su contrariedad al penetrar y verla reclinada en camisión en el lecho, indiferente a su presencia, indiferencia que hizo en su corazón enamorado y celoso el efecto del frío de un acero en las entrañas.

Bella estaba en su indolencia agresiva.

Fiacrán la contempló y dijo como un disparo:

—¿Qué es esto?

—Lo que es.

—¡Cómo! ¿Es así como me contestas, no bastándote la indiferencia?

—Sí, señor mío. La esclava, la doméstica está ya harta de dialogar con las paredes, mientras el señor se pasa la vida fuera, galanteando visiones y desbarrando sobre utopías, hablando de justicia y de amor, de felicidad y armonía, cuando tiene una esclava que en vano oye repetir esas palabras sonoras y vacías, cuando vegeta en una existencia, hecha toda de injusticias, de infelicidades, tanto más vituperables, cuanto el causante de ellas es todo un apóstol de libertad, pero un pequeño tirano hecho de durezas y de indiferencias!

—¿Qué dices, mujer?

—Lo que digo—dijo poniéndose de pie, desafiante y altiva.—Yo, cansada de oír esperanzas, no sólo me veo pospuesta a los amigos y papelones, sino que agonizo en este hueco infecto, que para usted será todo lo armónico que quiera, pero que para mí es una cárcel y una afrenta. Y así habla usted de esperanzas, sembrando las desilusiones; queriendo hacer la felicidad humana, cuando es incapaz de hacer la propia felicidad y la de la mujer a usted encadenada; prodigando su yo insensatamente; preocupándose del pueblo, de esa miserable basura humana.....

—Pero, mujer!.....

—Sí, señor, el pueblo no se merece los desvelos que se toman unos cuantos necios; así como ustedes,

los hombres, no se merecen los pesares que ocasionan.

Fiacrán apenas se podía sostener en pie, a tal punto le dominaba la cólera.

Las frases se paralizaban en sus labios temblorosos. Sin embargo, dominándose exclamó:

—Y así has preparado esta escena: infamando mis sentimientos y calumniando mi propaganda, pones en tus palabras las expansiones de tu alma rencorosa, de.....

No pudo continuar.

La mujer creció ante el apóstrofe severo, desatándose como una tempestad. De la recriminación pasó a la injuria. Y habló de la belleza, del lujo y de la comodidad. Lo acusó de falsear los ideales, de ser un desechado, un egoísta, un ruín!

Fiacrán impuso silencio:

—No seré yo quien consienta ser tratado como el último de los misérables—dijo—y si es tu deseo de lujo y ostentación el que te dicta tus frases rencorosas, sigue tu ruta fatal, la ruta que marca la perversión de tus instintos, pero no ofendas, no insultes mi vida, ya que eres indigna de comprenderla.

Y creciendo tan enorme como la cólera que le dominaba, en el desbaratamiento de la armonía de su conducta, desorganizada por las pasiones en fermento, estalló:

—Si amas el lujo, vende tu dignidad, vil ramera!

Y el insulto desató la tormenta.

Soledad en ese momento era bella, terriblemente. Su mirada, siempre dulce, se había tornado fija, tenía algo de la ferocidad de las aves de rapiña. Había en las palideces desnudas de sus carnes una inamovilidad aterradora, una cólera fría, implacable, que hacía estremecer.

—Yo ramera!—gritó—Yo, la mujer digna y honrada, virtuosa hasta el sacrificio, infamada así!..... Y por tí..... por el hombre a quien todo lo he ofrendado..... Por quien he sacrificado mi honra, mi libertad..... todo, en fin.....